

LA DÉCADA COVID EN MÉXICO

Los desafíos
de la pandemia
desde las ciencias sociales
y las humanidades

Género, violencia, tareas de cuidado y **respuestas sociales** a la **crisis**

Diana Tamara Martínez Ruiz
Verónica Montes de Oca Zavala
Sandra Lorenzano Schifrin
(Coordinadoras)



Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Martínez Ruiz, Diana Tamara, editor. | Montes de Oca Zavala, Verónica, editor. | Lorenzano Schifrin, Sandra, editor.

Título: Género, violencia, tareas de cuidado y respuestas sociales a la crisis / Diana Tamara Martínez Ruiz, Verónica Montes de Oca Zavala, Sandra Lorenzano Schifrin, (coordinadoras).

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades : Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación para la Igualdad de Género : Universidad Nacional Autónoma de México, Seminario Universitario Interdisciplinario sobre Envejecimiento y Vejez, 2023. | Serie: La década COVID en México : los desafíos de la pandemia desde las ciencias sociales y las humanidades ; tomo 9.

Identificadores: LIBRUNAM 2204655 (impreso) | LIBRUNAM 2204682 (libro electrónico) | ISBN 9786073074636 (impreso) | ISBN 9786073074629 (libro electrónico).

Temas: Cuidadores -- México. | Conducta de ayuda -- México. | Personas adultas mayores -- Cuidado. | Igualdad -- Aspectos sociales -- México. | Mujeres -- Igualdad. | Sexo -- Aspectos sociales -- México. | Pandemia de COVID-19, 2020- -- Aspectos sociales -- México.

Clasificación: LCC HM1146.G45 2023 | LCC HM1146 (libro electrónico) | DDC 302.14—dc23

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por pares académicos expertos y cuenta con el aval del Comité Editorial del Seminario Universitario Interdisciplinario sobre Envejecimiento y Vejez (SUIEV) de la Secretaría de Desarrollo Institucional. La edición y publicación de este libro fue financiada con recursos de la Coordinación para la Igualdad de Género de la UNAM y por el SUIEV.

Imagen de forros: Lucero González

Gestión editorial: Aracely Loza Pineda y Ana Lizbet Sánchez Vela

Primera edición: 2023

D.R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria, Alcaldía de Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México.

Coordinación para la Igualdad de Género

Av. Universidad 3000, *Torre de Rectoría*, piso 10, Ciudad Universitaria,

Alcaldía de Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México.

coordinaciongenero.unam.mx

ELECTRÓNICOS:

ISBN (Volumen): 978-607-30-7462-9 Título: Género, violencia, tareas de cuidado y respuestas sociales a la crisis

ISBN (Obra completa): 978-607-30-6883-3 Título: La década COVID en México

IMPRESOS:

ISBN (Volumen): 978-607-30-7463-6 Título: Género, violencia, tareas de cuidado y respuestas sociales a la crisis

ISBN (Obra completa): 978-607-30-6843-7 Título: La década COVID en México

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.



Se autoriza la copia, distribución y comunicación pública de la obra, reconociendo la autoría, sin fines comerciales y sin autorización para alterar o transformar. Bajo licencia creative commons Atribución 4.0 Internacional. Hecho en México

Contenido

Presentación	13
<i>Enrique Graue Wiechers</i>	
Prólogo	15
<i>Guadalupe Valencia García</i> <i>Leonardo Lomelí Vanegas</i> <i>Néstor Martínez Cristo</i>	
Introducción: Género, violencia, tareas de cuidado y respuestas sociales a la crisis	25
<i>Verónica Montes de Oca Zavala</i> <i>Diana Tamara Martínez Ruíz</i> <i>Sandra Lorenzano Schifrin</i>	
Proemio a propósito de este tomo La carga del cuidado durante la COVID-19: el contexto mundial	37
<i>María Ángeles Durán Heras</i>	
1 El impacto de la COVID-19: una oportunidad para avanzar hacia sistemas integrales de cuidado	45
<i>Belén Sanz</i>	
2 La <i>Política de Cuidado</i> como pilar de una recuperación transformadora: sostenible, justa e igualitaria	95
<i>Alicia Bárcena</i>	
3 El camino hacia la construcción progresiva del Sistema Nacional de Cuidados en México	121
<i>Nadine Gasman Zylbermann</i> <i>Marta Ferreyra Beltrán</i>	

4	Repensando el cuidado y la comunidad. Reflexiones para ampliar el conocimiento	151
	<i>Leticia Robles-Silva</i>	
5	Las formas invisibles del cuidado comunitario y sus aportes a la reorganización social del cuidado	171
	<i>Marissa Vivaldo-Martínez</i> <i>María de la Luz Martínez Maldonado</i>	
6	¡Qué ironía, antes de la pandemia morían por ser hombres y ahora... mueren todavía más!	201
	<i>Juan Guillermo Figueroa Perea</i>	
7	La reproducción social y el cuidado en contextos de desigualdad y diversidad socio ambiental	227
	<i>Margarita Velázquez Gutiérrez</i>	
8	Un llamado universitario desde la pandemia	263
	<i>Lourdes Jiménez Brito</i> <i>Hugo Garciamarín</i> <i>Mónica Adriana Mendoza</i> <i>Estela Roselló Soberón</i>	
9	Mujeres ex-céntricas y cuidados: exploraciones desde la ruralidad mexicana transfronteriza	293
	<i>Diana Tamara Martínez Ruiz</i> <i>Alethia Dánae Vargas Silva</i> <i>Martha González Lázaro</i>	

- 10 Cuidado de abueles a nietes de origen mexicano en Estados Unidos. Reflexiones generativas en una experiencia transnacional e intergeneracional 329
Verónica Montes de Oca Zavala
Rogelio Sáenz
Francisco González Cordero
- 11 Cuidados, pandemia y cultura de paz 357
Lucina Jiménez
- 12 Dos miradas al dolor de la pandemia 383
Socorro Venegas
- 13 *Hasta que la dignidad se haga costumbre.*
Cuidar con el corazón 389
Sandra Lorenzano Schifrin
- 14 *Se cuida lo que se conoce...*
Entrevista a Flavia Anau, Coordinadora General del Centro de Atención Infantil de Piña Palmera 413
Daniela López
- 15 *El impacto de la pandemia en la comunidad LGTTTIQ+*
Una conversación con Siobhan Guerrero 419
Sandra Lorenzano Schifrin

Mujeres ex-céntricas y cuidados: exploraciones desde la ruralidad mexicana transfronteriza¹

9

Diana Tamara Martínez Ruiz
Coordinación para la Igualdad de Género, UNAM
Alethia Dánae Vargas Silva
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
Martha González Lázaro
Escuela Nacional de Estudios Superiores Morelia, UNAM

La pandemia por la COVID-19 puso de cabeza el orden de la vida social de todo el mundo. La crisis generalizada incitó una reflexión sobre las normas y los valores que rigen a las sociedades, condujo a nuevas percepciones sobre la vida, la salud, el trabajo y el cuidado. Este último se comenzó a ver como un valor en sí mismo y como una tarea fundamental para el bienestar de la sociedad. Concebirlo de esta forma nos llevó a diversas académicas a reflexionar en torno a la distribución de las tareas de cuidados. Como ha revelado el pensamiento feminista desde sus años primarios, la distribución del cuidado es desigual y se determina por razones de clase, etnia, sexo, género y un sinnúmero de condiciones socioculturales que determinan la interseccionalidad en los sujetos sociales. Así, las concepciones y distribuciones de las tareas de cuidados varían en cada contexto de vida social y comunal y se han manifestado diferenciadamente ante la pandemia por la COVID-19. En este hilo de ideas, como lo plantea Rita Segato:

1 Este trabajo no hubiera sido posible sin el apoyo de Deyani Alejandra Ávila Martínez, Iria Gómez del Castillo Dávila y Zoé González Martínez, a quienes les damos nuestro más sincero agradecimiento por su acompañamiento constante para lograrlo.

La pandemia ha sido un gran escáner, una gran máquina que escanea la realidad y hace surgir los puntos de tensión en las grietas del presente, las alternativas del presente, pues revela lo invisible, o aquello que habíamos considerado normal. La pandemia revela la anormalidad de lo normal y sus fuerzas antagónicas. (Segato, 2021: 449)

Precisamente, a partir de esa postura, es que este libro muestra una mirada interseccional del cuidado, poniendo especial énfasis en la variable de género. En esa línea, uno de los temas que destacan en las discusiones latentes es aquel de *los cuidados de los más vulnerables*, por su *relevancia para la sostenibilidad de la vida y las economías de región* (Herrero, 2011; Mies y Shiva, 2016).

La vida humana, como el resto de lo vivo, depende de la biosfera, de sus materiales y de sus procesos, y también de la gran cantidad de trabajo y energía que supone ocuparse de los cuerpos vulnerables. El encuentro entre las miradas ecologista y feminista pueden contribuir a alumbrar otro paradigma que sitúe en el centro de interés la conservación de una vida humana digna y compatible con la natural. (Herrero, 2011: 30)

Es desde esta perspectiva que el presente estudio plantea una reflexión sobre el concepto de cuidados, atravesado por el contexto pandémico. Las investigadoras que construimos este trabajo proponemos partir de que el cuidado se entiende y ejerce desde diferentes concepciones que llamamos subjetividades compartidas o imaginarios colectivos. Son estructuras de pensamiento, ordenamientos determinados por las condiciones geográficas, culturales y normativas de las unidades comunales. Es decir, los grupos sociales comparten normas que definen la organización de la vida en comunidad, pero también la forma de concebir y practicar acciones como el cuidado. Nos proponemos estudiar la construcción del concepto de cuidado en diferentes contextos socioculturales y los efectos de la pandemia sobre ella.

Este documento se basa, entonces, en la exploración de la dimensión colectiva del cuidado. Recorre su aspecto social, familiar –el cuidado como

custodia– e individual, comprendiendo este último como autocuidado. Por ello, nos aproximamos a estas dimensiones desde tres momentos: las condiciones previas a la pandemia, las estrategias que se generaron durante la pandemia –en el momento del confinamiento más estricto– y las formas de cuidado en la “nueva normalidad”. Este trabajo pone en evidencia las diferencias en las dinámicas de cuidados durante estos tres momentos en los distintos contextos socioculturales observados. Nos interesamos por estudiar contextos *ex-céntricos*, que están situados al borde de la hegemonía, revelando los diferentes matices del confinamiento por la COVID-19 en la humanidad.

El cuidado como punto de partida

El cuidado se constituyó como objeto de estudio hasta finales del siglo xx, en el entendimiento que, al ser un concepto determinado por diversos valores sociales y culturales, es necesaria una perspectiva interseccional para su comprensión. La Real Academia de la Lengua Española (2021) define el término cuidar como: a) Poner diligencia, atención y solicitud en la ejecución de algo; b) Asistir, guardar, conservar. Discurrir, pensar; c) Mirar por la propia salud, darse buena vida; y, d) Vivir con advertencia respecto de algo.

La palabra *cuidado* tiene la misma raíz etimológica que la palabra pensar: *cogitare* (pienso luego existo, *cogito ergo sum*), esto indica una acción reflexiva y dirigida hacia algo o hacia alguien. Hasta este punto, el concepto de cuidado se muestra como una dinámica bilateral, donde un sujeto ejerce acciones que producen efectos sobre un objeto.

Acosta (2015) enfatiza que los cuidados no deben ser vistos como algo natural, ya que su significado y las formas en las que se expresan dependen del género, la clase y la etnia; es decir, de constructos culturales. Así, la concepción de cuidado que motiva a este trabajo se basa en el arraigo sociocultural que porta el concepto según el contexto donde se pone en práctica y en la calidad de la acción del cuidado. Y así, desde un enfoque cualitativo, nuestro trabajo se interesa por escuchar y representar las narrativas de mujeres

ex-céntricas,² en distintos contextos espaciales y familiares, que cuentan cómo los mandatos sociales impregnan las formas y los aprendizajes que se tienen colectivamente sobre el cuidado. Mujeres, desde diferentes latitudes, inmersas en espacios donde lo local y lo global confluyen, al igual que visibilizan las diferencias en las identidades de las mujeres y sus comunidades, así como en las relaciones con las actividades económicas en contextos adversos.

El cuidado puede ser leído desde diversas posturas teóricas, desde el enfoque médico hasta el jurídico y sociológico. Hay dos perspectivas que resalta Acosta (2015), por un lado, la estructural que sitúa al cuidado en el funcionamiento de las relaciones societales a nivel macro. Por otro lado, una perspectiva intersubjetiva de lo micro, de donde resaltan dimensiones de las esferas emocional y práctica, donde se ubican las actividades de provisión, entre otras. Así, por cuidado se puede entender el establecimiento de una relación de interdependencia entre quien da y quien recibe el cuidado, y puede ser entendido como un vínculo emocional entre los mismos sujetos (Hochschild, 1990). El cuidado tiene lugar en una relación entre sujetos que necesitan cuidarse o ser cuidados, y sujetos que están disponibles para cuidar.

En la estructura patriarcal, quienes están disponibles –más no necesariamente en disposición– son las mujeres, quienes en promedio dedican tres veces más de tiempo al cuidado que los hombres. Según los resultados de la Encuesta del Uso del Tiempo 2019, las mujeres ocupan 37.9 horas en el trabajo remunerado, 39.7 en el trabajo no remunerado, que serían las labores que realiza en su propio hogar; y 12.3 horas en el trabajo de cuidado a integrantes del hogar. En ese sentido, en el esquema de ordenamiento social patriarcal, las mujeres cuidan por deber la esfera doméstica, privada. En contraste, el patriarcado también establece mandatos en donde las mujeres son cuidadas por los hombres en la esfera pública. Es posible concebir, entonces, la heteronorma, la

2 Utilizamos este concepto desde su origen etimológico, apelando a lo *ex-céntrico*: del prefijo *ex* (hacia afuera), la raíz *kentron* (punzón, agujón) y el sufijo *ikos* (relativo a). Pensamos, entonces, la *ex-centricidad* como un estado al borde de ese centro que “pincha” como un agujón, también llamado hegemonía o eurocentrismo que está asociado a la reproducción de relaciones de dominación que son asimétricas (Curiel, 2022).

hegemonía patriarcal de las prácticas de los cuidados como una relación dicotómica, concibiendo al cuidado como un mandato: las mujeres *deben* cuidar en el escenario doméstico y *deben* ser cuidadas en el público. En esta línea, los análisis y las críticas a la relación de mujeres y cuidados en el marco patriarcal tienen por punto de partida el escenario, donde están en sometimiento a cuidar y ser cuidadas.

La ex-centricidad como modo de existencia

Una de las ideas medulares de este trabajo es aquella que orbita al concepto de ex-centricidad, concepto que compone la motivación de este estudio para escuchar y comprender las dinámicas de cuidados desde distintas narraciones de mujeres mexicanas. Nuestro entendimiento del concepto parte de la declaración del Encuentro Feminista Autónomo, celebrado en Ciudad de México (2009), que expresa lo que:

No estamos adentro ni afuera. Somos fronterizas, ¡somos *ex-céntricas!* Proponemos, contagiamos y construimos el mundo que queremos sabiéndonos y asumiéndonos responsablemente parte de él. Sabemos que las instituciones nos atraviesan, que el afuera no es un lugar, todo es “dentro”. Apenas, hacemos del espacio marginal al que nos han confinado un lugar de experimentación y de fuga, hacemos de la periferia la fiesta de la imaginación, de la creatividad, del placer, del encuentro... La risa es nuestra mejor herramienta. (Feministas Autónomas, 2014: 412)

Así, este texto se debe a las narrativas de mujeres que consideramos ex-céntricas en tanto que se hallan fuera del centro, lejos de ese agujón que de muchas formas se puede llamar: modernidad, eurocentrismo, pensamiento hegemónico, centro-periferia, etcétera. La ex-centricidad determina existencias fronterizas en términos físicos y materiales, pero también cognitivos y ontológicos. El distanciamiento de la hegemonía determina físicamente a las comunidades en la dotación de recursos, la provisión de servicios, la

composición paisajística y la densidad poblacional. También determina, paralelamente, el imaginario colectivo, el entendimiento y la práctica de conceptos sociales, la construcción de valores culturales y la visión del mundo. Nuestro interés por las voces ex-céntricas, entonces, pretende la generación de discursos, presencias y conocimientos a partir de experiencias fuera de la hegemonía; lo otro, las otras, las *fronterizas*.

Un encuadre metodológico desde la fenomenología y el feminismo

Nuestra investigación tiene por principio la escucha activa y consciente de las experiencias de las mujeres entrevistadas, con el interés de destacar sus estrategias de cuidado y autocuidado como prácticas emancipatorias cotidianas. Compartimos la postura de Fátima Flores (2015) de alejarnos de la percepción de las mujeres como víctimas y seres vulnerables, pues es, finalmente, la reproducción de un esquema del pensamiento patriarcal. En su lugar, optamos por aproximarnos a las prácticas que en el día a día, con o sin pandemia, las mujeres realizan para sobrevivir, resistir y cuidar(se). Es decir, defendemos y profesamos una perspectiva que reconoce la agencia de las mujeres en los distintos contextos que habitan.

La no victimización de la condición de ser mujer es una fórmula capaz de movilizar potenciales invisibilizados por la misma cultura y, sobre todo, por un sistema ideológico organizado a través de pautas de inequidad naturalizadas a lo largo de la experiencia vivida de las mujeres. De ahí que sea conveniente iniciar un proceso de deconstrucción de esas pautas naturalizadas de sumisión y más bien poner en evidencia los potenciales y las prácticas emancipatorias que todo ser humano debería lograr en la convivencia social. (Flores, 2015: 130)

Como se ha mencionado, trabajamos en contextos de periferia o ex-centricidad, lo que implica la búsqueda de estrategias metodológicas que den voz a las mujeres que las habitan, al tiempo que permiten comprender las experiencias desde donde se sitúan las vivencias en las fronteras. Es necesario

tomar plena consciencia de las diferencias de existencia y tratar de entender la interrelación que las periferias (López, 2014), las fronteras y los límites tienen con las identidades. En ese sentido, María del Carmen López Sáenz sostiene que la fenomenología puede tener implicaciones para la mirada feminista, ya que parte de una postura epistemológica que da voz y escucha a diversas posibilidades de existencia, pero además no concibe la experiencia como algo individual, ni tiene interés en ello. Más bien, se propone entender el tejido de las experiencias entre quien brinda su experiencia, su cuerpo, subjetividad y relaciones. Es decir, busca comprender la experiencia corporal, psíquica e histórico-social de quien narra.

Los cuerpos juegan un papel fundamental en esta lógica, puesto que pensar en la encarnación (*embodiment*) permite comprender que la experiencia del cuerpo propio siempre se encuentra mediada por la cultura. Así es como la fenomenología da espacio al papel del cuerpo en la concesión de sentido, así como el de la consciencia encarnada y el alcance de las vivencias (López, 2014). La *experiencia* parte de una relación y las relaciones están corporeizadas; pues, como lo plantea López: *el cuerpo es vehículo del ser-en-el mundo* (2014: 48). Sin embargo, Trebisacce (2016) advierte que reconocer a la *experiencia* como posibilidad de análisis fenomenológico, ha sido un proceso difícil de aceptar para la ciencia tradicional, pues la experiencia es lo que posibilita construir un conocimiento que se aleje de la búsqueda de neutralidad y des-corporalización. El análisis de las experiencias nos permite, entonces, la construcción de un conocimiento, parcial y situado, ya que parte de las mismas fragmentaciones del mundo al tiempo que las evidencia.

Uno de los hilos que teje el trabajo de investigación es una postura ética y política ante las experiencias de ser mujer en situaciones ex-céntricas, es hacer del encuentro un conocimiento situado. Desde aquí resulta imprescindible la permanente postura política y crítica de quien investiga, puesto que, como observa Trebisacce (2016), “los privilegios desde los que puede llegar a posicionarse la investigadora pueden nublar la comprensión de las especificidades”, y así la actitud reflexiva fenomenológica consigue profundizar en la experiencia, distanciándose de la actitud natural ante lo que se da por sentado, y desde ahí se puede problematizar lo aparentemente cotidiano.

Esta investigación, en consecuencia, no tiene como objeto señalar las periferias como si fueran un exterior, sino reconocer las formas de resistencias encontradas en ellas. Desde ahí, entender que ser mujer, es ser mujeres “especializadas”, y así escuchar sus voces y leer sus trazas. Coincide este posicionamiento con el planteamiento feminista denominado *interseccionalidad*. La creencia, en pocas palabras, de que las condiciones de opresión no son sumatorias ni se encuentran aisladas, sino que se corporizan en un entramado que no puede –ni debe– disgregarse. Es aquel cruce de caminos que define Kimberlé Crenshaw y marca la ruptura del marco que divide las situaciones de opresión de manera dicotómica (blanco/negro, hombre/mujer), aquel que no solo invisibiliza la experiencia, sino que deja en situación de desamparo a aquel incapaz de ubicarse en los respectivos polos. No es una eliminación de las categorías que nos atraviesan, es la pretensión de desaislarlas, observarlas dentro del entramado. Poner el cuerpo en el centro. La experiencia corpórea atravesada, *tejida, hilachada*.

Este documento lo escribimos algunas manos y varias voces, experiencias de mujeres que viven en diversas ex-centricidades, fuera de los centros, y desde ahí sin ninguna búsqueda de comparar, intentamos escuchar tensiones, ligas entre las distintas periferias. Trujillo, Rivera y Almeda (2015) plantean que hacer ciencia desde la mirada feminista debe significar la perspectiva de los conocimientos situados, para no caer en la ilusión de lo homogéneo y de la posible transcendencia de los límites del conocimiento. Así, más bien, se puede tener acceso a lo particular y específico, y analizar las relaciones sociales de poder y dominación, así como las estructuras mentales y simbólicas que la sostienen.

En este hilo de ideas, nos encontramos conscientes de que cada una de estas manos se encuentra en un nodo distinto, y que dichas intersecciones modifican y moldean el marco a través del cual observamos, investigamos y escribimos. Este capítulo es un intento de compartir esos entramados, tanto en el proceso de diálogo con las voces femeninas que lo construyen, como en el difícil proceso de plasmarlo en una hoja en blanco. Consideramos que, en el fondo, la perspectiva feminista en la implementación metodológica abre nuevas preguntas y posicionamientos respecto al abordaje de las bases éticas y

políticas que deben orientar la investigación, y cuestiona la ausencia de reflexividad al no poner sobre la mesa las relaciones de poder existentes.

Del proceso de acercamiento

Para observar y registrar algunas de las experiencias de cuidados que tuvieron las mujeres durante los distintos momentos que ha tenido la pandemia por la COVID-19, decidimos trabajar en espacios ex-céntricos donde ya hemos tenido experiencias previas de trabajo. En la selección de los lugares, nos fue prioritario mostrar que desde diversas espacialidades no centralizadas, el cuidado se muestra en una lógica patriarcal y jerárquica, ante lo cual las mujeres resisten generando redes para construir un cuidado más horizontal y no patriarcal. Así, nos interesamos en la relación dialéctica entre las prácticas de cuidados desde la lógica patriarcal y aquellas desde la toma de agencia de las mujeres en sus distintos contextos.

Este trabajo se basó en tres espacios ex-céntricos, desde donde fue posible observar las distintas formas de cuidados y resistencias desde lo cotidiano, lo privado y lo comunitario. Nos acercamos a los contextos de las mujeres que viven en Santa Fe de la Laguna, municipio de Quiroga, Michoacán; también en el municipio de Tzintzuntzan, Michoacán; así como en una red de cuidados en contexto de migración transnacional, cuyas integrantes en su mayoría michoacanas, se distribuyen en el estado de Michigan, en Estados Unidos de América, y conforman una comunidad digital a través de videollamadas. En el caso de las pobladoras de las dos comunidades localizadas, las consideramos mujeres ex-céntricas en tanto que habitan localidades rurales y semiurbanas, con altos índices de emigración, una mayoría poblacional indígena, a una distancia superior a los 45 kilómetros de la capital del estado, y con una brecha de género significativa en índices de analfabetismo. Las mujeres que residen en Michigan, por su parte, son ex-céntricas en tanto que viven en calidad de migrantes, entre dos culturas, sin estar de lleno en ninguna. En pocas palabras, ambos grupos se conforman por mujeres cuya existencia se desarrolla –física y ontológicamente– al borde de la urbe y la hegemonía.

Santa Fe de la Laguna

La comunidad de Santa Fe de la Laguna está ubicada al Norte del Lago de Pátzcuaro, en el municipio de Quiroga, en el estado de Michoacán. Se trata de una comunidad p'urhépecha que tiene una organización tradicional compleja, que cuenta con 5393 habitantes (INEGI, 2020). Gran parte de la organización social y comunal se remonta al siglo XVI, cuando fue fundado el Pueblo Hospital por Vasco de Quiroga. Esta organización sigue presente en el actual sistema de cargos de la comunidad. Otra característica relevante es la migración internacional hacia Estados Unidos, ya que el estado de Michoacán tiene una tradición migratoria importante (Durand, 2016) e históricamente ha sido uno de los principales puntos de partida de migrantes transnacionales. Para el 2010, el municipio de Quiroga tenía el lugar número 51 en emigraciones a nivel estatal y 9.10% de sus viviendas reciben remesas (Martínez-Ruiz, 2012).

Las mujeres entrevistadas en Santa Fe de la Laguna comparten características como estar a cargo de otras personas adultas, es decir, tienen función cuidadoras entre los miembros de la familia, y en ocasiones se amplía hacia otras personas de la comunidad. Adicionalmente, no tienen hijas o hijos pequeños a cargo, algunas son solteras o ya no viven en pareja. Sus labores profesionales varían entre el trabajo en talleres de alfarería o textiles, la cocina y el trabajo doméstico. Las mujeres de la comunidad tienen un grado de escolaridad de 6.15 años y son ellas quienes mantienen viva y enseñan la lengua p'urhépecha a las nuevas generaciones. En Santa Fe de la Laguna, del total de habitantes, 4826 son hablantes de purépecha, 2559 son mujeres y 2267 hombres (INEGI, 2020).

Tzintzuntzan

La localidad de Tzintzuntzan es la cabecera municipal de su municipio homónimo. Se encuentra al este del Lago de Pátzcuaro y colinda con el municipio de Quiroga. Tzintzuntzan se ubica a 53 kilómetros de la capital

del estado. Su origen se remonta al imperio p'urhépecha del posclásico y su nombre significa lugar de colibríes. Su población es de 3830 habitantes, de los cuales 2007 son mujeres y 1823 hombres; a diferencia de Santa Fe de la Laguna, Tzintzuntzan no tiene un gran porcentaje de población hablante de lengua indígena, pues solo son 110 personas (INEGI, 2021); sin embargo, la comunidad conserva varias tradiciones como el uso de indumentaria p'urhépecha, la producción gastronómica y el calendario festivo que incluye celebraciones como el *corpus* y el Día de Muertos (*Animecha Kejtzitakua*). En esta localidad la migración ha sido determinante tanto para el comercio como para la conformación social de la comunidad.

Las mujeres entrevistadas para esta investigación son habitantes de la comunidad y se dedican al comercio, a las labores domésticas y a los servicios profesionales, y cuentan con escolaridad media superior y superior.

Michigan, EUA

El grupo de participantes migrantes radicadas en el estado de Michigan, Estados Unidos de América, integra a las reflexiones de este capítulo una mirada desde las experiencias de mujeres de origen rural en México y Centroamérica, que en su mayoría residen sin documentos en una región extranjera. A esto se añan las condiciones adversas en términos sociales, familiares y legales que vivieron durante el confinamiento por la COVID-19. La migración a estados como Michigan se fue fortaleciendo a partir del flujo migratorio interestatal y familiar. Si bien este estado no cuenta con políticas abiertamente antiinmigrantes, hay diversas leyes que limitan las posibilidades laborales y de movilidad, sobre todo de las personas indocumentadas, como la limitación para obtener licencia de manejo.

Las mujeres participantes en esta investigación demuestran el reciente fortalecimiento del flujo migratorio de personas mexicanas y centroamericanas. La participación en múltiples redes sociales y familiares de apoyo facilita la migración familiar en esta región. Las entrevistas realizadas a este sector de mujeres fueron posibles gracias a un grupo de apoyo

convocado por *Stranger no longer*, asociación que se dedica a acompañar a las mujeres y familias migrantes en los procesos de adaptación, atención de diversa índole y procesos de empoderamiento en la región de los Grandes Lagos. Durante seis meses, algunas de nosotras tuvimos la posibilidad de acompañar a un grupo de 15 mujeres migrantes indocumentadas, en un espacio de reflexión y diálogo sobre su experiencia de ser mujeres, madres y migrantes.

El punto de encuentro de las mujeres entrevistadas, es el cuidado que han brindado a otras personas a lo largo de su vida, así como sus procesos de tránsito al autocuidado.

En los tres contextos presentados trabajamos con las mujeres a partir de una entrevista abierta, que tuvo como fin acercarnos a las distintas dimensiones de lo que significa para las mujeres cuidar. Primero indagamos en la definición y el entendimiento de *cuidar y cuidado*. Una vez que las mujeres compartían qué es el cuidado, nos sumergimos en la dimensión de los cuidados de la cultura y lo colectivo. Observamos que dentro de esta dimensión hay un patrimonio tangible e intangible que también *debe* ser cuidado de acuerdo a su percepción. Nos acercamos a sus experiencias de cuidado durante la pandemia por la COVID-19, a través de tres líneas de preguntas. En la primera quisimos saber qué había cambiado durante la pandemia, si había padecido la enfermedad y cómo hizo para gestionar sus cuidados personales y los demás que, por el momento, no podía realizar. Adicionalmente, preguntamos por experiencias significativas durante la pandemia. La segunda dimensión la dedicamos a comprender qué actitudes o actividades identificaban como formas de autocuidado. Nos llamó la atención que las mujeres usaban como antagónicos del autocuidado el *descuido* y el *malpasarse*, lo cual revela gran parte de su autopercepción. También indagamos en la constitución de las redes sociales entre mujeres, para conocer cómo son las estrategias de unión y autocuidados colectivos entre mujeres. Nuestra tercera dimensión se remite al cuidado como parte de la identidad que conforma el ser de las mujeres. Nos basamos en la exploración del objeto y la forma de las prácticas de cuidados.

En total, capturamos diez entrevistas, cuatro en Santa Fe de la Laguna, tres en Tzintzuntzan y tres en Michigan. Todas fueron grabadas con el consentimiento de las mujeres y procesadas en el programa MAXQDA, con la finalidad de categorizar las respuestas y explorar los puntos de encuentro entre las narrativas de las mujeres; es precisamente desde ese análisis que presentamos los siguientes apartados.

Cuidados desde la *ex-centricidad*

Si el cuidado tiene que ver con el pensamiento, las emociones, las prácticas para con otras y otros; con cómo pensamos en los y las otras y cómo es llevado a la acción ese pensamiento, es interesante comprender desde dónde se han construido las formas de cuidar. Las narrativas que se comparten entre las mujeres que acompañan este documento muestran, incluso, cómo se construye la diferencia entre quién cuida y quién debe ser cuidado. Desde ahí, se plantea una tensión que surge de la idea de cuidar de quién es vulnerable, lo que puede llevar a suponer vulnerable al otro, o bien entender la vulnerabilidad como un sitio desde donde es necesario favorecer la autonomía e independencia. Ante ello encontramos tres nociones a las que se asocia el cuidado, dos que emergen de las narrativas de manera directa, y una más que aparece desde la lectura global de las participantes:

Uno: el cuidado entendido como *ayuda, apoyo y amor*.

Dos: como *protección y estar al pendiente*.

Tres: cuidar como *corregir*.

La primera noción está asociada a las palabras *ayuda, apoyo y amor*, que se pueden leer en narrativas como la siguiente:

—¿Usted cree que cuidar tiene que ver con el amor para la otra persona? ¿Si yo cuido es porque lo quiero? ¿O yo puedo cuidar a alguien sin sentir amor por la otra persona?

—No; yo siento que es por amor, yo siento que lo hacen porque me quieren, que es por amor...

Cuando se le preguntó:

—¿Para usted, qué es cuidar?

—Pues para mí sería ayudar. Que le ayude a hacer algo, porque muchas mujeres aquí trabajan, hacen lo que le corresponde al hombre, cargan cosas pesadas y así... Y siento que para mí sería eso cuidar, que lo cuidara, que le ayudara a hacer lo que le corresponde al hombre.

—Y usted, ¿se siente cuidada?

—Sí; me apoya, me quieren mis hermanos, mi esposo, mi mamá, todos. Yo siento que me cuidan todo...

[GLORIA, Santa Fe de la Laguna]

Dentro de esta misma noción, aparece una narrativa que nos es muy interesante y cercana, pues aparentemente, uno de los grandes aprendizajes del sistema social es que quienes cuidan son las mujeres, y que esa es una de las tareas más importantes dentro de nuestras comunidades y grupos sociales. De este modo, los cuidados se presentan como un nicho de poder de las mujeres, pero que al mismo tiempo asumimos y aprendemos que solo nos corresponde a nosotras, como un mandato, tal como Torns (2008) y Acosta (2015) han vinculado el cuidado y la identidad femenina; las entrevistas lo ponen de manifiesto:

—¿A usted quién la cuida?...

—Pues es que yo creo que, si tú no ves la capacidad de cuidarte solita, entonces tú tienes capacidad de cuidar a los demás. Si tú tienes la capacidad, si quieres tener la capacidad para cuidarte a ti misma, de ahí debes de agarrar fuerza para cuidar a los tuyos.

[SILVIA, Santa Fe de la Laguna]

En esta misma búsqueda de la definición del cuidado, pero en el contexto migratorio, encontramos que en Michigan no se expresa el cuidado

en relación estrecha con el *amor*, sino en conexión directa con el *apoyo* y la *ayuda*, pero de otra naturaleza: la del mantenimiento de la seguridad y la protección. Esta dimensión del cuidado se presenta como una constante en las entrevistadas, pero es atravesada por una condición migratoria irregular. El cuidado, en este caso, se construye en torno a la noción de vulnerabilidad y abandono institucional, a la necesidad de generar cuidado en torno al sentido de protección y el mantenimiento de la seguridad. Ante la ausencia de un Estado protector, esta necesidad de cuidados recae sobre las individualidades de las mujeres migrantes. Se traduce en un cuidado atravesado por el miedo, por la necesidad de permanecer invisible en un contexto en el cual alzar la voz o generar extensas redes de cuidado más visibles, puede atentar contra la propia red, contra el cuerpo y su familia. Este es el caso de Rocío, quien expresa dicha tensión en el contexto de una detención por parte de las fuerzas migratorias de Estados Unidos a la salida de su trabajo:

Pues yo siento que en parte es porque estábamos los dos juntos. Entonces, como que sentíamos un *apoyo uno del otro en ese momento* porque me imagino que, *si hubiera sido a uno solo, tanto a él como a mí hubiera sido peor la angustia*. Aunque la angustia pues *era también doble* porque saber que los dos estábamos allá y qué iba a pasar con nuestra niña. Eso era lo que más mal nos tenía, que no sabíamos qué podía pasar con ella.

[Rocío, Michigan]³

La propia entrevistada nos habla de cómo la situación migratoria se encuentra atravesada por la inseguridad, *la angustia era también doble*. Sus palabras revelan una tensión: se manifiesta un alivio por poder pasar dicha situación con su marido (por poder *apoyarse* mutuamente en un contexto de miedo e inseguridad), pero que finalmente recae en una mayor preocupación por el estado de su hija, quien se encontraba sola mientras ambos padres eran detenidos. Esto nos regresa a la misma idea: la inseguridad de una sola persona puede terminar por recaer en toda la red afectiva. Así, el sentido amoroso

3 Énfasis añadido.

del cuidado toma la forma de una constante protección y preocupación por la otra persona. Esta concepción del cuidado como protección también salió a la luz en Santa Fe de la Laguna y Tzintzuntzan, aunque atravesadas por otras condiciones que derivan de su especialización. A partir de ello consideramos esta narrativa como una segunda categoría de la noción del cuidado: *proteger y estar al pendiente*.

Encontramos en Santa Fe de la Laguna y Tzintzuntzan que esta noción tiene relación con lograr que la persona o el objeto que se cuida no sufra daño alguno. Surge una tensión desde la concepción de quien se cuida como un objeto de protección y no como actor social con capacidad de agencia. De ahí se prioriza la responsabilidad de la protección de los saberes, los valores y las personas que ha sido legada a las mujeres. En Santa Fe de la Laguna, Gloria lo presentaba de la siguiente manera: “que no le *pase* nada, que no le falte nada”. Y Daniela, desde Tzintzuntzan, lo expresaba así:

Como una protección, porque se trata de la familia o los hijos, pues siempre como que, el hecho de decir “lo voy a cuidar”, es como de a la vez protegerlo de, llámese *de una caída*, de que coman bien. Como cuidarlo de una consecuencia que pudiera ser mala. Igual, en el trabajo, si no tienes los cuidados necesarios, o esa protección hacia lo que estás haciendo, igual va a traer una consecuencia mala.

[DANIELA, Tzintzuntzan]

En Santa Fe, Silvia nos hablaba de esa misma *caída* en relación a los objetos:

Porque el cuidado es para, si yo cuidara un objeto. Por ejemplo, yo tengo que cuidar esa cosa, para que no se me caiga, que no se me vaya a ir para abajo, para que no se me rompa. Porque eso es una cosa que debe estar ahí, para ser visto bien en la casa. Y tengo que estarlo cuidando. Para que no se me vaya a ir para abajo.

[SILVIA, Santa Fe de la Laguna]

En este sentido, cuidar se entiende como *estar al pendiente* de que algo no se rompa, que no se quiebre o se fragmente. Cuidar que algo no se caiga al suelo y se haga añicos. Se asemeja, en sus descripciones, al hecho de cuidar el cuerpo ajeno con el cuerpo frágil de los objetos: cuidar es vigilar, constantemente, que aquel cuerpo u objeto no sufra ni tenga grietas. En el siguiente fragmento de Karen puede observarse cómo dicha preocupación se da incluso desde la distancia:

Pues como le comentaba, más que nada estar al pendiente de que si va a una fiesta o con algún amigo, pues que me avisen con quién van. Y ponerles un horario de que lleguen a la hora que se les dice, y que no se tarden tanto. Para saber más que nada donde están. Estar al pendiente de dónde están. O darles consejos también de que no vayan a andar tomando. Aunque muchas veces no hacen caso.

[KAREN, Tzintzuntzan]

En el caso de Michigan, se observa un proceso inverso. Las mujeres migrantes han aprendido a objetivarse a sí mismas, a poner en duda su propia capacidad de agencia, porque la situación laboral y social se torna en un control de los cuerpos, los tiempos, las relaciones y se prioriza la protección de no ser vista por *la migra* y ser deportada. Es decir, que se aprende a ser un objeto de cuidado dependiente de las redes sociales de apoyo y las posibilidades laborales. Sin embargo, darse cuenta de esta posición de objeto es fundamental para luego transitar a otras formas de cuidado de sí mismas. Dicho cambio se refleja en la siguiente narrativa:

Llegamos con unos familiares y una de mis parientes tenía niños chiquitos y no me dejaban salir a buscar trabajo, no me ayudaban a conseguir trabajo, sino que me tenían ahí como para que yo cuidara a los niños. [...] Entonces, ya hasta que, al fin, después de como dos, tres años, yo dije: “No, yo no me vine a cuidar niños”. Bueno, al menos no por... cuidarlos gratis, se puede decir, sino que yo venía con la... yo me vine porque yo quería ayudar a mi

familia en México. Entonces yo me vine con eso de que yo venía a trabajar para poderles ayudar a ellos y al llegar aquí pues no, mi situación fue completamente diferente.

[Rocío, Michigan]

La tercera noción de cuidado se mantiene en la tensión entre la objetivación y la autonomía, y se manifiesta como el cuidado que *corrige*. La corrección hace evidente cómo ha recaído en los cuerpos femeninos la formación de las y los otros en la relación a lo psíquico, moral y físico; no en libertad, sino como una actividad que se ha apegado a la estructura patriarcal, manteniendo y sosteniendo sus jerarquías. Este sitio se ha construido como un espacio de *poder* desde el que es posible mantener el control de aquello que la estructura considera vulnerable, como las y los hijos, otras mujeres, labores domésticas y que, sobre todo, son los nichos de decisión que históricamente se han legado a las tareas femeninas de cuidado. En la siguiente narrativa de Santa Fe de la Laguna, se puede ver lo que se espera de la mujer en el ámbito doméstico, y cómo se corrige dentro de la relación suegra-nuera:

Y cuando llegó mi nuera allí a la casa, le digo: “¿Qué sabes hacer? ¿Sabes bordar o sabes hacer puntos de cruz?”; y me dice: “Pues yo no sé nada”. Y digo: “Válgame Dios, ¿por qué no sabes hacer nada?”; y dice: “No sé, porque nunca me enseñaron”. Y le digo: “Pues enséñate, si es muy bonito, para que tú también le vayas enseñando a tus hijas, o algún día vas a tener hijos, y les vas a ir enseñando” [...]. Y yo dije: lo mejor no tiene interés, si tuviera interés, me diría: “Sí, vamos a sentarnos, yo quiero aprender”.

[SILVIA, Santa Fe de la Laguna]

Hasta ahora, se han hecho evidentes formas de cuidado que muestran atravesamientos de la estructura patriarcal con la subjetividad de las mujeres. Históricamente hemos ocupado espacios de sostenimiento de las actividades de lo privado, donde la propia autonomía y voluntad han estado en cuestionamiento y pugna. Desde este cruce, indagaremos en tres dimen-

siones más: el cuidado de lo colectivo, las redes sociales de apoyo y afectivas y, finalmente, el autocuidado. Dimensiones que a su vez se enmarcan en los cambios, en las continuidades y en las crisis motivadas por la contingencia sanitaria de la COVID-19.

Cuidado de lo colectivo

Después de revisar algunas de las maneras en que se entiende el cuidado entre las mujeres ex-céntricas entrevistadas, destacamos que ellas no cuidan solo elementos o cosas del ámbito privado –como el hogar y la familia–, sino también bienes colectivos. Las mujeres cuidan los distintos patrimonios, lo que es común a todas y todos. Para el cuidado de lo colectivo nos centramos en los cuidados que tienen las mujeres hacia los distintos patrimonios de sus comunidades, tangibles e intangibles. De acuerdo con la UNESCO (2020), el patrimonio es definido como los elementos construidos por los grupos humanos, ya sea en conjunto con la naturaleza o no, como lo son en primer lugar los monumentos, en segundo lugar los conjuntos arquitectónicos con valor histórico, artístico o científico, y por último los lugares que tienen valor estético, etnológico o antropológico.

Por otro lado, el patrimonio cultural *inmaterial* es concebido como:

Aquellos usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas – junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes– que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconozcan como parte integrante de su patrimonio cultural. Se manifiestan en los siguientes ámbitos: a) tradiciones y expresiones orales, incluido el idioma como vehículo del patrimonio cultural inmaterial; b) artes del espectáculo; c) usos sociales, rituales y actos festivos; d) conocimientos y usos relacionados con la naturaleza y el universo; e) técnicas artesanales tradicionales. (UNESCO, 2020: 5)

Considerando estas dos definiciones, retomamos algunas de las narrativas que muestran parte de las labores de cuidados hacia estos patrimonios. En el caso de Santa Fe de la Laguna y Tzintzuntzan, se destaca el cuidado hacia las tradiciones como un elemento fundamental del cuidado de lo colectivo, una base para la vida en comunidad y una de las esferas del cuidado que se relaciona con su identidad sociocultural:

Pues aquí, cuidar las tradiciones de aquí, porque pues uno trae otras costumbres y pues hacía otras cosas diferentes, pero aquí es eso, cuidar mucho las tradiciones de aquí, del pueblo.

[MARIANA, Tzintzuntzan]

Sí, los semaneros, ellos también cuidan nuestras tradiciones. Cada viernes hacen nuestras costumbres. Y pues también los encargados, ellos tratan de que no se desaparezca todo esto, nuestras costumbres y tradiciones. Y nosotros también. Cada uno de nosotros también tratamos de no desaparecer de nuestras costumbres, o no olvidarse de ellos. Mis papás; mi mamá me dice: “esto antes era así, ahora ya lo están cambiando”. Pero uno trata de hacerlo igual que antes, pero ya no es igual. Cambian todas las cosas.

[GLORIA, Santa Fe de la Laguna]

Los semaneros son una comisión conformada por ocho parejas de matrimonios, las cuales se rotan el cuidado del Hospital-Pueblo. Este es un lugar de suma importancia para la identidad de la comunidad, pues fue el centro de la fundación del pueblo. Este tipo de cuidado se refiere a la conservación y mantenimiento del inmueble –así como del patrimonio intangible, en lo referente a la organización tradicional del pueblo–, mediante el sistema de cargos que da estructura social a la comunidad.

Si bien en esta narrativa se habla de los semaneros como parejas de matrimonios, donde el cuidado de lo colectivo está en manos de hombres y mujeres, al preguntar directamente: “¿Quién cuida esas costumbres?”, señalaron lo siguiente:

Pues yo diría que más las mujeres son las que cuidan [...] son las que siempre se acuerdan, nunca se olvidan de nuestras tradiciones y nuestras costumbres. Y, sobre todo, uno mismo. A veces tratamos mi mamá o yo de enseñarle a los niños que van creciendo, los sobrinos, decirles: “esto es así, no lo hagan así porque esto es así; esto es nuestras costumbres”. O, sobre todo en la plaza, les decimos: “no hagan esto, porque esto ya tiene muchos años”. Yo, cuando nací, esto ya estaba así, no tenemos que cambiarlo. Tiene que estar así para los que vienen, para las que vienen. Y así.

[GLORIA, Santa Fe de la Laguna]

Las mujeres *nunca olvidan*. Si bien todos en la comunidad tienen el deber de conservar las costumbres, de pasar de generación en generación dichas tradiciones, esta responsabilidad recae directamente en la memoria y práctica femenina. Estas labores implican tiempo y dedicación, pero también saberes y prácticas concretas para lograr mantener la organización de las fiestas, el saber hacer y usar la indumentaria propia, por mencionar algunos ejemplos. También implica valorar que eso es importante y en muchas ocasiones se conecta con emociones que motivan el sostenimiento de estos cuidados, que no traen recompensas económicas, sino simbólicas, de reconocimiento, satisfacción y gozo.

En el cuidado de lo colectivo se protegen y resguardan las tradiciones, se establecen vínculos emocionales como el cariño y el amor hacia prácticas concretas que mantienen la unión de la comunidad y el bienestar social, y se corrigen las formas de hacer las fiestas o ceremonias si algo no va por el curso adecuado.

En el caso de las mujeres migrantes en Michigan, es un tema interesante observar que en sus narrativas permiten ver que parte de los cuidados que hacen de las tradiciones implica mantener vivos los saberes de la medicina, la gastronomía tradicional, así como las festividades, dejando un espacio de la casa al altar del día de muertos, pero también transmiten la ilusión de recibir a los reyes magos y exaltan la celebración de las fiestas patrias.

Se trata de entender que las tradiciones no son estáticas, que hay cambios y deben hacerse adecuaciones en ciertos tiempos, y son los propietarios

de esos patrimonios quienes deciden qué y cómo cambiar. Sin embargo, en ocasiones, estos cambios no son guiados por los miembros de las comunidades, sino por condiciones adversas. Uno de los momentos más coyunturales en los últimos años, en términos de cambios, ha sido la pandemia por la COVID-19; en su alteración de toda la vida social de la humanidad, también modificó las formas de cuidar, mantener y resguardar las memorias y prácticas tradicionales.

Como resultado, muchas tradiciones pudieron sufrir cambios, pero para este trabajo decidimos preguntar sobre el Día de Muertos, pues se trata de una festividad emblemática de la región lacustre de la cultura p'urépecha. Al respecto de esta tradición, las mujeres entrevistadas en las localidades michoacanas compartieron que se alteraron las formas de memorar a los difuntos de la comunidad por las medidas de distanciamiento social:

—Ajá; desde que salen de su casa ya van con banda y con sus botellas tomando, y baile y baile; y todos tomando. Ahorita, ya creo que por la pandemia, ya iban cada... ya cada quién ya no quería.

—Pero, ¿cuando fue que empezaron a hacer eso?

—Fue hace poquito... como que lo implementó el Ayuntamiento junto con aquí el... la parroquia. Y todas las ofrendas nuevas se tenían que entrar a determinada hora.

[KAREN, Tzintzuntzan]

Lo hicieron unos años así, que es que era a una hora; entonces, era como desfile. Pero ahorita yo creo que por la pandemia, el año pasado y este pues ya...ya... ya sale pues, este, individualmente, a la hora que quiere cada. Con su banda, ajá con su banda y con la gente que tiene. Pero cada quién ya aparte.

[KAREN, Tzintzuntzan]

Estas tradiciones, además, se alteraron por el incremento de las tasas de mortalidad que produjo la pandemia:

—Está el tema de la pandemia, este... Y, sí; y que acaba de pasar, así el Día de Muertos, ¿hubo como una relación siente, como en que hubiera más muertitos y que estos arcos que dice de primera vez...?

—Hubo muchísimos, hubo bastantes, más de cien nuevos.

—¿Cien nuevos?

—Se puede decir es un pueblo chico. Pero, es difícil, ...que se terminen nuestras tradiciones de Día de Muertos.[...] Entonces, eh... con todo esto de la pandemia y que a mí me tocó ver una entrada; porque a mí me tocó ver una entrada, porque hay un evento. Porque hay un evento donde es la entrada en los arcos, y que ves que entran y entran, y dices: “Ese señor también se murió y ése”... Este virus ha lastimado mucho porque se han ido, dos, tres miembros de una sola familia también.

[...]

—Difícil, ha sido muy triste.

[DANIELA, Tztintzuntzan]

Como lo expresan las mujeres entrevistadas, los impactos de la pandemia causaron cambios demográficos que fueron reflejados en las prácticas de las tradiciones de las comunidades. El cambio de las dinámicas de convivencia cotidianas y la pérdida de miembros de la comunidad a causa de la COVID-19, llevaron a celebrar las tradiciones de una forma distinta. Un cambio que nos interesa particularmente en este trabajo es en la dimensión afectiva del tejido social, y desde ahí el aumento de defunciones y la alteración de las causas “naturales” de muerte hirieron a los distintos miembros de las comunidades y motivaron a cambiar las prácticas de cuidados. Las mujeres, encargadas del cuidado de los suyos, se enfrentaron a un escenario incierto, desconocido, donde ya no se trataba de cuidar para mantener el bienestar de los receptores de cuidado, sino de evitar la muerte de estas personas, por las nuevas condiciones del ambiente:

Cuando empezó todo esto, pues, nunca nos imaginamos la magnitud de lo que iba a hacer esto, ni hacia dónde íbamos. Entonces, pues empezó el

confinamiento; de primera, no tenemos información clara. Todo era como como información que yo no sé si se la inventaban; sí, qué era lo que pasaba, ¿eh?... Pues sí: lo espantó a uno. Entonces, nosotros aquí como familia tomamos muchas medidas; este, porque tengo una hija, la más chiquita, es asmática; y mi esposo es diabético. Entonces, tomamos esas medidas porque todo lo que se decía, que cualquier persona que con morbilidad pudiera tener un poquito más de este...

[DANIELA, Tzintzuntzan]

Redes sociales de apoyo

La pandemia evidenció, también, un movimiento en cuanto a las redes sociales en las que se apoyan las mujeres para enfrentar distintos momentos de sus vidas. Comenzamos por subrayar cómo en momentos límites, de cambio total –como la migración y, ahora, la pandemia– se movilizan o accionan reajustes en cuanto a las relaciones que establecen las mujeres para enfrentar lo incierto de las circunstancias.

En un primer momento, durante el confinamiento inicial de la pandemia, “la vuelta a casa” trajo consigo un periodo de encierro total o casi total, a partir del cual se generó una sensación de pérdida de contacto con los seres queridos, vecinos y conocidos. Fue un aislamiento, no siempre voluntario, que puso a prueba la vida dentro de cuatro paredes para la mayoría de la población. “Aprisionó” al mundo dentro de sus espacios habitacionales, a veces mínimos, precarios y hacinados. Sin embargo, a medida que la duración de la pandemia se extendía, esa primera condición de aislamiento fue cambiando, y se establecieron nuevas redes de apoyo entre vecinos, paisanos, mediante comunidades digitales en plataformas que permitieron tener una comunicación asincrónica con personas de distintas latitudes.

Así, podemos hablar de estos dos momentos como una transición en la forma de crear y sostener redes de apoyo. Ante un aislamiento repentino, se rompieron muchas de las formas de comunicación y acompañamiento cotidianas. Esta ruptura condujo a la búsqueda de nuevas formas de “estar” para

los demás, sin ponerse en riesgo ni abandonar las medidas de distanciamiento físico necesarias en el contexto de pandemia. Fue así como muchas esferas de la vida social, incluidas la laboral, docente y afectiva, transitaron a la digitalidad mediante el uso de las redes sociales.

Vemos como la ruptura, ese “descuido” en el que cayeron de manera inesperada las relaciones sociales, se vio reparada a partir de herramientas tecnológicas que “pegaron” de nuevo los vínculos y que incluso permitieron tejer redes más amplias. La vulnerabilidad que enfrentaron muchas personas al imponerse un confinamiento estricto y quedar sin el arropo de lo colectivo, como lo conocían hasta ese momento, logró trascender el plano físico y cercano para encontrar formas de cuidar-se en espacios digitales.

En este punto, es interesante el contraste entre los distintos contextos excéntricos de las mujeres entrevistadas. Para algunas de las mujeres migrantes, el encierro ya era algo conocido y no por un virus letal, sino por su condición de externas en un país nuevo y contar con una red mínima de contactos:

Yo, al principio, yo te diría que yo no quería estar aquí. Yo... fueron como unos cuatro o cinco años que yo, definitivamente yo lloraba [...] Aquí no conoces a nadie, yo llegué digamos que a encerrarme, cuando yo era una persona tan libre allá. De que deportes, que salir; era muy independiente. Era demasiado independiente en México. [...] Y llegué a este país donde yo llegué al encierro total, encierro total. Que, si yo tenía ganas de ir a la tienda, yo no podía ir porque mi esposo estaba trabajando. Que, si yo podía, yo no podía salir con nadie, yo no tenía amigos, yo no tenía familia. [...] Demasiado encierro.

[ISABEL, Michigan]

A partir de su experiencia migratoria, Isabel narra la llegada al país destino, determinada por el encierro, que contrasta con la libertad que tenía en México antes de partir. Este elemento de encierro se conecta, y contrasta nuevamente, con la experiencia del confinamiento a causa de la pandemia. En el primer escenario, no podía ir ni siquiera “a la tienda”, como un lugar cotidiano, por no tener auto y depender de la presencia de su esposo o personas conocidas.

En el segundo escenario, tampoco es sencillo ir a los sitios cotidianos, esta vez no necesariamente por prescindir del automóvil o la compañía, sino por las normas de confinamiento, de encierro casi total que se incentivó en los primeros meses de la pandemia, entre marzo y junio de 2020.

Desde luego, el confinamiento se vivió de diferente manera en los distintos contextos estudiados. Es de nuestro particular interés el contraste entre los contextos céntricos o urbanos y ex-céntricos. El encierro fue más estricto en las grandes urbes, por un lado, por el nivel de ingresos de sus habitantes promedio y, por otro, por el alto riesgo de contagio dadas las convivencias masivas en los espacios públicos. En los contextos ex-céntricos, las personas necesitaban salir a trabajar diariamente, pues su subsistencia dependía del trabajo al día. Además, la salida en zonas semi-rurales no resulta tan catastrófica en términos de contagios al llevarse a cabo en espacios abiertos y, en ocasiones, des poblados. Podemos hablar, entonces, de encierros parciales en las periferias.

En este mismo hilo de ideas, podemos observar que en estos contextos el fenómeno de la pandemia pasa por un proceso de “re-dimensionalización”; es decir, que se le atribuyen pesos y valores distintos en su incorporación a la vida social y comunitaria. En varios casos de las entrevistas, la pandemia se manifiesta como una variable más en la configuración de las situaciones que retan el día a día de estas mujeres. Se inserta como una nueva variable en un marco de vulnerabilidad general, en el que, además, no es la primera vez que se presenta una amenaza a la salud individual y colectiva. Así lo evidencia, por ejemplo, una de las entrevistas en Santa Fe de la Laguna en la que interviene la familia de una de las mujeres:

—(PADRE) Yo era muy libre, en aquel entonces. Yo me crecí, yo tengo ya setenta y seis años. Cuando yo empecé a andar, por allí por la calle, morían muchos bebés, por aquel entonces. Estoy hablando como en 1963. Entonces pasó eso... ¿cómo se llamaba?

—(ENTREVISTADA) Era toser, toser seco. Toser seco, seco, seco. Era como una pulmonía.

—(PADRE) Casi, casi, por decir diario, morían los bebés. En 63, 69... A nosotros nos murieron dos...

—(ENTREVISTADA) ¡No! ¡Seis! A mi mamá se le murieron seis.

—(MADRE) De ocho meses.

—(HERMANA) Nos quedamos trece, trece con ellos. Y nosotras quedamos siete, se murieron seis. Tres mujeres y tres hombres.

—(PADRE) Después pasó, después vino la fiebre tifoidea, llegando al 70... Cuando estaba el mundial de fútbol aquí en México, en el 70, había muchos...

[ANDREA, Santa Fe de la Laguna]

Si bien los efectos de mortalidad y confinamiento pierden valor en estos contextos ex-céntricos, la precarización causada por la pandemia es central en los cambios recientes en las comunidades. Observamos un “retorno a la tierra”, a la producción, y consumo privados y locales:

Yo diría que no nos falta nada, no nos falta casi nada. Porque mi papá trabaja en el campo y tenemos maíz, pues, para las tortillas; y en la tiendita con eso nos apoyamos para comer. Yo diría que, más o menos, lo estamos pasando. Pero también hace falta que salgamos a vender en otros lados, porque así nos ayudamos más. Aquí no es más que para pasar el día. Pero, si salimos, ahí hay trabajo. Ya, pues, nos ayudamos en otras cosas, o si algo quisiéramos hacer, ya tenemos con qué. Pero ahora no, tenemos para comer. Pero no, no nos quejamos.

[GLORIA, Santa Fe de la Laguna]

Se hace evidente el retorno a lo local, a la autosubsistencia. Este regreso, sin embargo, se acompaña de un abandono por parte del mundo exterior, el centro, la urbanidad:

Y vinieron, que nos iban a dar despensa, que nos apuntáramos... Fuimos, y yo le dije a mamá: “Vamos, vamos, ponte el cubrebocas y lava tus manos, y echa tu gel”; y lo saniticé y le dije: “vamos para apuntarnos, que nos van a traer despensa”.

Hasta ahorita no llegó la despensa, y a otras gentes que traía, hasta sus hijas. Yo hasta lloraba y le decía a mi mamá: “¿Por qué a nosotras no mamá?. Qué piensan, ¿que nosotros tenemos?”. Nosotros estamos peor porque el trabajo de nosotros era fuera, y no estamos saliendo. Y los otros mira, están vendiendo el pescado, pues es que la comida se vende, venden otras cosas... Y hasta más a ellos les dan despensa, y aquí nunca llegó. Y ella me decía: “Sí, pues quién sabe”.

[JAZMÍN, Santa Fe de la Laguna]

La precarización en estas comunidades estuvo directamente relacionada con el aislamiento respecto a los centros urbanos y a las capitales económicas, que permiten a los miembros de las periferias desarrollar su economía y ofertar sus productos fuera de su comunidad.

El Autocuidado común

El aspecto fundamental que encontramos en las prácticas de cuidados, atravesadas por el contexto pandémico y excéntrico de las mujeres, es también la variedad de formas de ejercer el autocuidado. Es una estrategia de resistencia a los mandatos patriarcales, a los contextos hostiles, a la privación de agencia de las mujeres. En ese sentido, lo interpretamos como un acto emancipatorio, y también destaca su carácter colectivo en las comunidades ex-céntricas. Observamos un autocuidado entre pares, entre las mujeres que ejercen las actividades de cuidados para otras personas. Es decir, un cuidado hacia la otra que se entiende como un cuidado propio:

Allá me cuidaba con las compañeras. Se enfermaba una... Pues, “no te levantes, hoy yo voy a hacer lo que te toca hacer”. Nos acomodábamos; si alguna persona estuviera enferma nos acomodaba para... Por donde tocaba, que no estuviera así, que estuviera limpio. Nos acomodábamos cuando uno se enfermaba.

[ANDREA, Santa Fe de la Laguna]

Para profundizar en el tema, tomamos la noción de autocuidado de Elizabeth Orem, Susan G. Taylor y Kathie McLaughlin (2001), donde se define como el conjunto de acciones que se llevan a cabo en situaciones concretas, ejercidas por las personas hacia sí mismas o hacia el entorno, para regular los factores que afecten a su propio desarrollo y funcionamiento en función de su salud y bienestar. El modelo de autocuidado de Orem, donde declara necesario que las personas desarrollen habilidades especializadas que involucren aspectos cognoscitivos, emocionales y conductuales para cuidar su salud, destaca, como concepto básico, la Capacidad de Agencia de Autocuidado. Es la cualidad o aptitud del individuo de realizar una acción intencionada para participar en el autocuidado. Esta habilidad es desarrollada en el transcurso de la vida a través de un proceso espontáneo de aprendizaje que incluye atender, entender, regular, adquirir conocimientos, tomar decisiones y actuar (Orem et al., 2001). Es decir, que consiste en la toma activa de decisiones para procurar el bienestar propio.

La misma autora establece algunos modelos clásicos de autocuidado, entre los cuales, el del ámbito social resuena fuertemente en las dinámicas de las mujeres entrevistadas para este trabajo. El modelo consiste en la toma de las siguientes acciones: contar con redes de apoyo (familiares o amistades que puedan dar soporte emocional, económico y social); utilizar el tiempo libre en actividades voluntarias, que resulten satisfactorias para el individuo; realizar actividades de ocio y esparcimiento (con carácter de distracción, diversión, relajación y motivación), y tener interacciones sociales constantes (con amigos, familiares y compañeros de trabajo) (Orem et al., 2001). Es desde esta perspectiva que se hacen muy evidentes las medidas sociales y colectivas que toman los distintos grupos de mujeres ex-céntricas con quienes trabajamos, para procurar el bienestar propio. Lo observamos diferencialmente en cada contexto estudiado.

En el contexto de las migrantes en Michigan, por ejemplo, encontramos que la creación y el sostenimiento de redes de apoyo es un acto de resistencia ante las amenazas de un nuevo espacio, con nuevos códigos sociales y culturales. Es una forma de generar certeza y estabilidad en un contexto de incerti-

dumbre y hostilidad. Cuidarse a través de la otra es, para las mujeres migrantes, resistir a las vulnerabilidades que significa ser mujer en un sistema patriarcal, sumadas a los retos de migración. Notamos que un eje central en estas redes de apoyo es el cuidado de los niños y niñas. En cierto sentido, desde una lógica androcéntrica, estas mujeres son cuidadas por el resto de su comunidad, inclusive a través del cuidado de la niñez. Así, los cuidados que predominan en las redes de apoyo son a los niños, niñas y los cuidados domésticos.

Observamos que estos dos tipos de cuidados predominantes son generalmente no remunerados. Sin embargo, dentro de las redes de apoyo se llegan a ver como una retribución –no siempre explícita y acordada– a las mismas. La pertenencia a una de estas redes se percibe como una forma de recibir cuidados y se retribuye de la misma forma. Con prácticas como sucede durante su trayectoria migrante, que llegan al país de destino a cuidar niños sin recibir remuneración, como una acción de “pago” esperada por ser recibidas en la red de apoyo. De esta forma, es posible decir que las redes de apoyo funcionan a partir de un intercambio de cuidados multilateral. Es decir, que una red subsiste mientras sus miembros reciban y provean cuidados entre sí.

Otro aspecto destacable en este contexto ex-céntrico, es que si bien las redes de apoyo son una herramienta para la supervivencia de las mujeres migrantes, también son una estructura que conserva las jerarquías patriarcales y, a pesar de su arropamiento, las mujeres muchas veces se sienten solas. El tipo de cuidado que sostiene estas redes es un reflejo del cuidado patriarcal y jerárquico, equiparable a la custodia (Martínez-Ruiz y González, 2020). Esto quiere decir que el cuidado como custodia-vigilancia es una artimaña de la lógica patriarcal, de hacer creer a las mujeres que están siendo cuidadas, protegidas o resguardadas, a costa de ceder sus intereses a las necesidades de la red en la que se integran. En esta dinámica las mujeres son cuidadas por su red a cambio de ser “sometidas” al cumplimiento de sus roles de género y ser desprovistas de agencia. Varias de las mujeres migrantes asumen que *deben* cuidar a los niños y las casas de las otras personas integrantes de la red, como un modo de evitar que se las lleve la migra, pero sin ser remuneradas por ese trabajo. Este “deber” de retribuir a la red mediante acciones de cuidados es una labor generizada; es decir, que se atribuye únicamente a mujeres. En este resguardo

de la estructura patriarcal de roles de género no solo participan los hombres de manera activa, sino también las mujeres con cierto rango jerárquico, como madres y suegras. Lo que evidencia que las mujeres migrantes no abandonan del todo los órdenes y jerarquías sociales y comunitarias al cambiar de lugar de residencia. Las redes entonces se vuelven más una estructura social que una compañía meramente afectiva, donde los sentimientos de soledad en el cuidado persisten:

Me gustaría, como una migrante, sentirnos más apoyadas; sentir que, bueno... Nosotros nos damos a valer porque sabemos nuestro valor y todo, y sabemos que debemos saber que, también, pues, no es lo mismo estar en nuestra sociedad que estar en una sociedad desconocida; que cada... cada país es diferente. Cada país tiene sus leyes y todo; pero, pues sí nos gustaría aprender eso, aprender y [...] saber que, [...] que el valor es de nosotros; que, aunque no nos lo hagan [...] No nos den el mismo valor en este, [...] en este, país, pero aprender a nosotros valorarnos a [...] Nosotros queremos como las personas que somos, ya no digo como mujer sino como persona porque hay tantos hombres pasando por la misma situación.

[Rocío, Michigan]

En las localidades de la zona lacustre michoacana, Tzintzuntzan y Santa Fe de la Laguna, observamos que las mujeres son vistas por el resto de su comunidad como “cuidadoras de lo colectivo”. Las mujeres, mediante el cuidado de los hijos, procuran los usos y las costumbres de la comunidad. Igualmente se espera que se dediquen a cuidar a sus padres en la vejez y a los miembros de la comunidad que lo necesiten:

Soy mamá soltera y tengo un hijo de 34 años. Entonces, nada más ya nos quedamos nosotros. Y, pues ya mi papá [...] Ya después me decían mis hermanas que yo lo hacía trabajar, para que ya después yo no trabajara [...] Ya ves, envidias, pues [...] Y así, y ninguna de mis hermanas me ayudaba a cuidarlo [...] Mi hermano que vivía ahí no me ayudaba a cuidarlo.

[SILVIA, Santa Fe de la Laguna]

En cuanto al cuidado que reciben las mujeres de su comunidad, destaca una forma de cuidado patriarcal, basada en la idea de posesión. Se cuida a las mujeres, en forma de control, porque se las posee. De esa lógica sale la dinámica del “robo” de las mujeres para casarse con ellas.

Es aquí, nuevamente, de donde emerge el autocuidado como propuesta de resitencia, también el autocuidado de lo colectivo y de la red. Este es visto como parte necesaria para cumplir el *deber hacer*: si no se cuida a sí misma, no puede brindar cuidados a las otras personas. Es una lógica de asegurar el bienestar propio para procurar el de los demás. Esta concepción de autocuidado está directamente atravesada por la condición de género, pues para los hombres no resulta un imperativo, o una tarea a atender, ya que pueden delegar sus prácticas de autocuidado a las mujeres; es decir, recibir cuidados. La forma en la que ellos cuidan a las mujeres es, siguiendo la estructura patriarcal, como protección. Mientras las mujeres se cuidan a sí mismas, y entre sí, para poder cuidar a los demás.

REFLEXIONES FINALES

A manera de conclusión, proponemos algunos apuntes situados sobre las reflexiones que se generaron en torno a las dimensiones abordadas: los entendimientos acerca del cuidado, el cuidado en la colectividad y el autocuidado. Precisamos también que trabajamos con un grupo reducido de mujeres en tres contextos ex-céntricos y sabemos que hay mucho por escuchar y aprender de estas voces. Dicho esto, encontramos que bajo un esquema patriarcal, las prácticas de cuidado se basan en una relación dicotómica, atravesada por la dimensión de género; es decir, que hay alguien que necesita recibir cuidados y alguien que puede darlos. Las mujeres brindan cuidados en la esfera privada y los reciben en la esfera pública, en forma de custodia o protección. Para los hombres es el caso inverso. En este esquema los cuidados entran en la vida social como un mandato o deber. Un avance que debemos a las teóricas

feministas y al activismo decolonial feminista es la capacidad de observar y nombrar estas dinámicas, antes de poder cambiarlas; fijar a las localidades como un centro y no como periferia; es decir, “des-ex-centrifugar”.

El eje central de nuestro estudio fueron las narrativas de mujeres ex-céntricas, que por diversas condiciones se encuentran al margen de la hegemonía, geográfica, económica y cultural. Nos interesamos por escuchar y comprender la manera en la que viven los cuidados estas mujeres fronterizas. La revelación que consideramos más relevante es que estas mujeres, al asumir mandatos patriarcales de cuidado, enfrentarse a contextos hostiles y vivir en comunidades compactas, se apropian de las prácticas de cuidados y recuperan la agencia a través del autocuidado. Cuidarse a sí mismas implica otorgarse un valor que escapa de las normas sociales. Además, el autocuidado colectivo es emancipatorio en tanto que da agencia y autonomía a aquellas que cuidan. Es el punto que distingue el mandato hegemónico de cuidados y la apropiación de las prácticas de cuidados en los contextos ex-céntricos. Dotar de significados sociales a los cuidados colectivos traza una nueva concepción de cuidado, más emancipatoria para las mujeres y el resto de la comunidad.

Este contexto pandémico por la COVID-19 puso en evidencia las diferencias en las prácticas y normas de cuidado en los contextos periféricos. Nos permitió observar la relación dialéctica entre los mandatos hegemónicos, patriarcales, y la apropiación de las prácticas de cuidados, al igual que las alteraciones y constantes en las redes de apoyo. Reconocer, desde aquí, la agencia de las mujeres que cuidan en contextos transfronterizos nos lleva a salir de la dicotomía patriarcal y hegemónica, para vivir la ex-centricidad. Concebir los cuidados como emancipatorios, horizontales y colectivos.

De todo lo anterior es que se plantea como indispensable que el tema de los cuidados debe ser eje de la discusión de la política pública, en donde las instituciones y las legislaciones vayan a la par de la vida personal, y no de la producción. Al respecto, Ángeles Durán (2021) señala lo siguiente:

Si no hay recursos para la ampliación de servicios, la única salida es la redistribución del esfuerzo y el acuerdo sobre un nuevo contrato social.

Situar el cuidado como objetivo fundamental de la vida social no es un objetivo fácil de lograr, y sólo se hará si toda la sociedad le presta el apoyo eficaz, público y rotundo que necesita.

Después de todo, la pandemia por la COVID-19 debería de abonar a construir espacios que permitan tener más cuidados en distintos ámbitos de la vida cotidiana, proveer el cuidado personal y el colectivo, en todos sus matices: la salud mental, la salud física, las relaciones sanas con las otras personas y con el ambiente. Y no, por el contrario, mantener *arquetipos* del patriarcado –como los plantea Bell Hooks– en donde solo hay un guerrero, sino construir otros que nos ayuden a sobrevivir en la búsqueda de justicia, democratización de la vida y cuidado del ambiente.

Pensamos que el autocuidado como elemento emancipatorio puede trascender los ámbitos cerrados entre lo individual y lo colectivo, entre lo público y lo privado, a manera de un puente o un vehículo que comunica y atraviesa dichos espacios. Así, el autocuidado tiene una doble vía, es cuidarse a sí misma, por protección y amor propio, pero no se queda en una práctica individualista o egocéntrica –como ciertos discursos propios del capitalismo y centros hegemónicos nos han vendido en formas banales de autocuidado–, sino que se proyecta también hacia el cuidado de lo social y comunal. Se cuida lo propio, sí, pero no a manera de propiedad privada, sino bajo el entendimiento de los beneficios que tiene cuidar “lo nuestro”, como observamos con las tradiciones y los distintos patrimonios, cuidar los vínculos con otras, amigas, vecinas o la comunidad.

Finalmente, apuntar que la pandemia puede resignificarse como ese escáner que propone Segato (2021), como una ventana que nos ha permitido mirar y reflexionar en torno a los cuidados, incluido el autocuidado, a partir de un momento de pausa y detenimiento, cuestionar nuestras prácticas y hacer los ajustes necesarios en caso de detectar fallas o puntos débiles.

REFERENCIAS

- ACOSTA, E. (2015). *Cuidado en crisis. Mujeres migrantes hacia España y Chile*. Universidad de Deusto.
- CURIEL, O. (2022). Construyendo metodologías feministas desde el feminismo decolonial. En J. Antivilo (Coord.), *Trayectorias del Pensamiento Feminista en América Latina*. UNAM.
- DURAND, J. (2016). *Historia mínima de la migración México-Estados Unidos*. COLMEX.
- DURÁN, M. A. (2021). El malestar del cuidado. *El País*.
- ENCUENTRO FEMINISTA AUTÓNOMO. (2009). Una declaración feminista autónoma: El desafío de hacer comunidad en la casa de las diferencias. *Tiempo de mujeres*. <http://mujeresporlademocracia.blogspot.com/2009/05/una-declaracion-feminista-autonoma-el.html>
- FEMINISTAS AUTÓNOMAS. (2014). Una declaración feminista autónoma, el desafío de hacer comunidad en la casa de las diferencias. En Y. Espinosa Miñoso, D. Gómez Correal y K. Ochoa Muñoz (Eds.), *Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala* (pp. 411-416). Editorial Universidad del Cauca.
- FLORES, F. (2015). *Experiencia vivida, género y VIH: sus representaciones sociales*. UNAM.
- HERRERO, Y. (2011). Propuestas ecofeministas para un sistema cargado de deudas. *Revista de Economía Crítica*, primer semestre (13), 30-54. DOI: ISSN 2013-5254
- HOCHSCHILD, A. (1990). *The second shift*. Avon Books.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA (INEGI). (2020). *Principales resultados por localidad (ITER)*. <https://www.inegi.org.mx/app/scitel/Default?ev=9>
- LÓPEZ SÁENZ, M. C. (2014). Fenomenología y feminismo. *Revista Internacional de Filosofía*, núm 63, 45-63.
- MARTÍNEZ-RUIZ, D. T. (Coord.). (2012). *Caleidoscopio migratorio: Un diagnóstico de la situación migratoria actual, en el estado de Michoacán, desde distintas perspectivas disciplinares*. UMSNH; UAZ; CONACYT; COECYT-Michoacán.

- MARTÍNEZ RUIZ, D. T. y GONZÁLEZ, M. (2020, abril). ¿Cuidar-se o dejar-se? Cuerpo, patrimonio y migración. Cambios y permanencias en las prácticas de cuidado femeninas y tradiciones culturales en el contexto migratorio en Michoacán, México. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre cuerpo, emociones y sociedad*.
- MIES, M. y SHIVA, V. (2016). *Ecofeminismo. Teoría, crítica y perspectivas*. Icaria Editorial.
- OREM, E., TAYLOR, S. y McLAUGHLIN, K. (2001). *Nursing: Concepts of Practice*. Universidad de Michigan; Mosby Academic Publisher.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. (2021). *Cuidar*. <https://dle.rae.es/cuidar?m=form>
- SEGATO, R. (2021). Pensar en presente: cuerpo, virus, feminismo, politicidad [entrevista]. En J. Guerrero, Encuentro con Diamela Eltit y Rita Segato, *AISTHESIS Revista Chilena de Investigaciones Estéticas*, núm. 69, 447-462. DOI: <https://doi.org/10.7764/69.21>
- TORNS, T. (2008). El trabajo y el cuidado: cuestiones teórico-metodológicas desde la perspectiva de género. *Empiria. Revista De metodología De Ciencias Sociales*, (15), 53-73. <https://doi.org/10.5944/empiria.15.2008.1199>
- TREBISACCE, C. (2016). Una historia crítica del concepto de experiencia de la epistemología feminista. *Cinta de moebio [online]*, (57), 285-295. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-554X2016000300004>
- TRUJILLO CRISTOFFANINI, M., RIVERA VARGAS, P. y ALMEDA SAMARANCH, E. (2015). Desde el conocimiento situado hacia el feminismo decolonial. Nuevas perspectivas de análisis para el estudio de la monomarentalidad e inmigración latinoamericana. *OXÍMORA Revista Internacional de Ética y Política*, núm. 7, 48-62. <https://revistes.ub.edu/index.php/oximora/article/view/14517>
- UNITED NATIONS EDUCATIONAL, SCIENTIFIC AND CULTURAL ORGANIZATION (UNESCO). (2020). *Textos fundamentales de la Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial de 2003*. Living Heritage Entity. https://ich.unesco.org/doc/src/2003_Convention_Basic_Texts-_2020_version-SP.pdf

Tomo 9

La década COVID en México

**Género, violencia, tareas de cuidado
y respuestas sociales a la crisis**



“Los cuidados sostienen la vida y contribuyen al bienestar físico y emocional de las personas y del planeta. Es un trabajo esencial para el funcionamiento de nuestra sociedad, el cual, históricamente, tanto si se realiza de manera remunerada o no remunerada, ha recaído en las mujeres”, escribe Belén Sanz, representante de ONU Mujeres en México. La COVID-19 evidenció que sólo los sistemas de cuidado pueden reparar el daño causado por las desigualdades que laceran nuestra sociedad. El concepto de cuidado ha cobrado así fuerza analítica en las discusiones políticas, académicas e institucionales.

Este libro ofrece diversos acercamientos al tema. Subraya el papel del Estado en la construcción de sistemas de cuidados, el valor de las comunidades que lo enfrentan cada día, de la sociedad civil que cuida generaciones y el medio ambiente, de las y los creadores que cuidan la palabra y la memoria. Ubica las fuerzas contenidas y alertas, en clave de género, ante la necesidad de cuidados diversos e integrales que nos permitan construir una sociedad igualitaria, incluyente y respetuosa de los derechos humanos, hasta que —como señalan las mujeres zapatistas— “la dignidad se haga costumbre”.



SECRETARÍA GENERAL

Universidad Nacional Autónoma de México



DGCS
Dirección General de Comunicación Social



**COORDINACIÓN
DE HUMANIDADES**